

los temais;

69. Porque así como se pone cerca de los pepinos un espantajo que no es capaz de guardarlos, así son sus dioses de madera, de plata y de oro."

70. Son semejantes á la espina blanca" que está en un huerto, sobre la cual vienen á posar toda especie de pájaros, *sin que ella pueda impedirselos*; sus dioses de madera, de oro y de plata, se parecen tambien á un muerto que se arroja á un lugar obscuro y tenebroso; *no pueden ver ni moverse.*

71. Los gusanos mismos que les roen la púrpura y escarlata que tienen por encima, os demuestran bastante que no son dioses; ellos en fin, son tambien carcomidos; y *de este modo* llegan á ser el oprobio de todo un pais *que ha puesto en ellos su confianza.*

72. El hombre justo que no tiene ídolos, vale mas *que todos estos dioses*, porque estará lejos de todos los oprobios *á que están expuestos estos ídolos*, y *tendrá una gloria eterna*, á la que ellos ni sus adoradores podrán llegar jamas.

¶ 69. El griego dice, de oro y de plata, como se lee en los versos 7. 50. 56 y 70.

¶ 70. El griego dice simplemente: la espina.

propter quod ne timeatis eos. 69. Nam sicut in cucumenario formido nihil custodit: ita sunt dii illorum lignei, et argentei, et inaurati.

70. Eodem modo et in horto spina, alba, supra quam omnis avis sedet. Similiter et mortuo proiecto in tenebris similes sunt dii illorum lignei et inaurati, et inargentati:

71. A purpura quoque et murice, quae supra illos tineant, scietis itaque quia non sunt dii. Ipsi etiam postremo comeduntur, et erunt opprobrium in regione.

72. Melior est homo iustus, qui non habet simulachra: nam erit longè ab opprobriis.

DISERTACION

SOBRE

LA RUINA DE BABILONIA,

POR MR. DE SANTA-CRUZ.

Los profetas hebreos pueden considerarse á la vez como historiadores, como poetas, como filósofos y como oradores. Bajo el primer respecto, examinemos la relacion de Isaías sobre la ruina de Babilonia, y se verá claramente la profecía, supliada la historia que la justifica y demuestra su cumplimiento. Todos los profetas han sido dotados de una imaginacion fuerte y viva, cualidad esencial de un poeta; y por eso hieren el espíritu y mueven el corazon: la grandeza de sus pensamientos, la valentía de su estilo, la energía de sus expresiones, la riqueza de sus comparaciones y la abundancia de todas sus figuras, nos arrebatan de admiracion y hacen en nuestras almas una impresion profunda que no se borra. Entre todos ellos sobresale Isaías, cuyos escritos son muy superiores á las obras maestras de la antigüedad (1). ¡Cuánto no le debe Racine en sus coros de Ester y de Atalía? Tal vez lo maravilloso de Milton, sin este profeta, sería una extravagancia. Sólomente el Espíritu Divino pudo elevar los profetas á tan grande altura. La sublimidad de sus escritos es una prueba de su inspiracion: la antorcha de su genio se encendió á los rayos de la Divinidad que los iluminaban; y del conocimiento de sus atributos toman toda su energía: así pues, no les era difícil ser grandes filósofos. ¡Qué lecciones tan saludables no dirigen á los pueblos y á los reyes! Continuamente amenazan á los ricos y á los poderosos, á los que despojan de su herencia á la viuda y al huérfano, á los impíos que insultan la paciencia del Señor, á los jueces inicuos, y sobre todo á los falsos sabios, órganos de la mentira, que segun Isaías, dan al vicio el nombre de la virtud y á la virtud el del vicio, y que abusando del imperio que tienen sobre los ánimos, les hacen tomar las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas. Ese lenguaje de los profetas no es el del orgullo, hipócrita é interesado; es propio exclusivamente de la verdad, franca y valerosa; siempre tuvieron á esta por guia, y su moral fué

Isai. v. 20.

(1) Eschylo es sin duda entre los antiguos el poeta cuyo estilo en muchos lugares se acerca mas al de los profetas. Pindaro y Homero por sus giros y sus imágenes tambien nos lo recuerdan. Pero Moises en sus dos cánticos, Job, David, Isaías, Jeremias, Habacuc &c. no pueden ponerse en paralelo con los autores profanos, sino para dar á conocer toda la inferioridad de estos. En los escritos de aquellos la poesía toma ciertamente un lenguaje divino.

tan pura como la fuente de que dimanaba. Enviados por Dios, hablaban en su nombre; ó dictándoles el mismo, escribían en tablas que exponían al público. Eran pues verdaderos oradores, y miembros esenciales de la teocracia. ¡Jamás había sido la elocuencia tan vehemente, ni jamás había tenido tanta elevación ni un carácter tan bello! Su voz parece que resuena todavía en nuestros oídos; nos llenamos de espanto, y creemos leer nuestra suerte en la de Judá ó de Israel. El arte todo de los oradores profanos no es capaz de producir este efecto. Estos lisonjaban para seducir ó engañar; y los profetas amenazaban para corregir y guiar al arrepentimiento: algunas veces consolaban, ya con la promesa del Mesías, ya con la esperanza de un porvenir más dichoso; y entonces dejaban de ser terribles y la miel corría de sus labios; animaban toda la naturaleza, y la hacían tomar parte en su regocijo. Los bosques mismos de la Judea aplauden la vuelta de sus habitantes, libres ya de un cautiverio largo y penoso. „Sobre sus huellas, dice el Señor por la „boca de Isaías, la humilde zarza se transformará en soberbio sabino; nacerá el mirto en lugar de la ortiga; y esa gloriosa libertad, será un monumento eterno de mi omnipotencia.” De este modo el orador toma el carácter de poeta; pero nosotros no lo examinaremos aquí sino como historiador sobre un punto.

Las profecías antiguas de la Escritura, en expresión del ilustre Bossuet, no eran otra cosa que la historia escrita *por anticipación*. En efecto, una vez cumplidas, vinieron á ser para nosotros unos monumentos, que cotejados con los testimonios esparcidos de los autores profanos, dan mucha luz sobre la suerte de las naciones y ciudades más célebres de la antigüedad. El sabio y laborioso Vitranga se lisonjea de haber sacado más ventajas que ningún otro de este cotejo, al explicar el texto de Isaías. En verdad, no se le puede negar esta justicia; pero no ha agotado la materia, y el punto relativo á la ruina de Babilonia exige todavía más aclaraciones. Antes de darlas, escuchemos primero al profeta.

„A esa soberbia reina de las naciones, Babilonia, orgullo de „los Caldeos, JEHOVA la destruirá. Tendrá la misma suerte que Sodoma y Gomorra. Quedará desierta para siempre, y las generaciones se sucederán sin que vuelva á tener habitantes. No ofrecerá asilo „en lo sucesivo á los Arabes errantes, ni sombra á los pastores fatigados; sino que sus ruinas serán madriguera de las fieras y de las „serpientes, y los restos de sus palacios servirán de abrigo á las aves „nocturnas, que harán resonar con sus lúgubres clamores aquellos lugares consagrados al deleite en otro tiempo.” En seguida se anuncia la caída del último rey de Babilonia, y se supone que los cedros del Líbano se complacen en su infausta suerte. „Desde que estás en el sepulcro, dicen ellos, no tememos la hacha ni la segur.” Después, bajo la más hermosa de las prosopopeyas, se figura que los príncipes y los héroes en la mansión de la muerte, adelantándose á recibirlo, exclamaban al verlo: „¿Cómo has caído tú de ese „elevado trono, donde brillabas como la estrella de la mañana en la „bóveda de los cielos? ¿Qué brazo, pues, ha hecho morder el polvo „al que era el terror y azote de las naciones? Tú decías en tu corazón: Me remontaré sobre las nubes; subiré hasta el firmamento;

Isai. LV. 12.
et 13. Vid.
XXXV. 6. et 7.
XLI. 18. 19,
etc.

Comm. in
Jesaiam, t. 1.
praf. 18.

Isai. XIII. 19
20. 21, et 22.

„pondré mi trono sobre los astros, y marcharé á par del Altísimo. „En medio de tan ambiciosos proyectos, te has precipitado al fondo „del sepulcro.” Después de estas imágenes tan fuertes como sublimes, vuelve Isaías á hablar de la destrucción de Babilonia, en estos términos: „El Omnipotente dice: Yo extinguiré el nombre babilonio, la posteridad, y hasta los últimos renuevos de esa raza detestable. Yo haré que se apoderen de su mansión las aves de rapiña y los reptiles. Un vasto pantano cubrirá su suelo, y un profundo abismo lo sepultará en un eterno olvido.”

Jeremías repite esta misma profecía, añadiendo algunas circunstancias; pero tanto él como Ezequiel, se desvían del orden de los tiempos más que los otros profetas (1). No es pues extraño que Jeremías haya referido á una sola época acontecimientos que corresponden á muchas, y se han verificado sucesivamente. Una cosa es, dice S. Gerónimo, componer una historia, y otra escribir una profecía (2) á virtud de una inspiración repentina. La primera de las épocas concernientes á la ruina de Babilonia, corresponde al tiempo de ser desde entonces el domicilio ordinario de los reyes; pues tanto como sus sucesores, sólomente habitaban allí una parte del año. El mismo, según Berosio, mandó demoler los muros exteriores (3), á fin de precaver que sus habitantes se rebelaran. Heródoto y Xenofonte no hacen mención de esta orden; pero la conquista de Babilonia por Darío, hijo de Histáspes, nos indicará mejor la verdad. No hay para qué detenernos en los detalles tan sabidos de este suceso: bastará recordar que la rebelión de los Babilonios fué la causa de todas las desgracias que sufrieron. Darío mandó arrasar las murallas y quitar todas sus puertas; y antes de él no había hecho nada semejante, según añade Heródoto (4). Siendo esto positivo, como lo es, resulta que ó Berosio se engañó, ó Josefo, al extractar la obra de este historiador caldeo, confundió las dos tomas de Babilonia. Jeremías habla de la destrucción de las murallas; pero refiere este suceso á la serie de todos los demás desastres que experimentó aquella ciudad por varios reyes medos y no por uno solo. Por consiguiente, no hay dificultad en que Darío hubiera sido autor de la demolición de los muros, y más, si como dice Berosio, esos muros eran los dos exteriores del triple recinto que formaban. El sabio Vitranga es de esta opinión, que me parece bien fundada.

El Salmista, dirigiendo la palabra á Babilonia, exclama: „Dichoso aquel que se apoderará de tus hijos, y los estrellará contra „la piedra (5).” Esto no puede referirse á otro que á Darío. Isaías,

(1) Et notandum quod in prophetis, maximeque in Ezechiele et Ieremia, nequam regum et temporum ordo servetur, sed praepostere, quod iuxta historiam postea factum sit, prius refertur, et quod prius gestum sit, postea. Comm. S. Hieronym. in Jerem. Cap. XXI. tom. III. Op. p. 623.

(2) Aliud est enim historiam, aliud prophetiam scribere &c.....Ibidem. Non enim curae erat prophetis tempora conservare, quae leges historiae desiderant, sed scribere utcumque audientibus atque lectoris utile noverant. Ibid. cap. XXV. p. 646.

(3) Beros. lib. III. Fragm. ap. Joseph. contra Apion. l. I. §. 20; et ap. Euseb. Praep. evang. l. IX. cap. 40.

(4) Lib. III. cap. 159.

(5) Psalm. CXXXVI. V. 9. Los intérpretes griegos antiguos alteraron el título de

Isai. XIV. 22.
23.

Véase á
Desvignotes,
Cron. de la
Hist. sant. t.
II. p. 555.

Jerem. LI. 28

Comm. in
Jes. I. I. p.
419.

después de comparar á este príncipe con un leon, y á los Babilonios con unos gamos tímidos que huyen á la vista de esta fiera, nos representa los destrozos que habia de hacer en lo interior de la ciudad, sin que esta pudiera librarse del soldado victorioso, ménos empeñado en el pillage que en bañarse en la sangre de sus enemigos. „Ellos, añade, matarán con sus flechas aun á los niños; arrancarán de las entrañas de sus madres á los que no hayan nacido „todavía, y los destrozarán sin compasion á vista de sus padres; las „mugeres serán violadas á presencia de sus maridos, &c.” Por el órgano de Jeremías dice el Señor á Ciro: „Príncipe, á quien he encargado mi venganza, apresúrate, marcha contra esa orgullosa ciudad que se crée la señora del mundo: inúndala en la sangre de sus „habitantes; no perdones ni á la niñez mas tierna, y ejecuta con puntualidad todo lo que te he prescrito, &c.” Heródoto guarda silencio sobre estos destrozos, de que solo Xenofonte hace mencion. Segun este historiador, Ciro ordenó á sus tropas de caballería que degollasen á cuantos babilonios encontrasen fuera, y á los que estuvieran dentro de sus casas, les prohibiesen salir de ellas con pena de la vida, la cual orden se cumplió exáctamente, cuando por otra parte los soldados de Gadata y Gobrias habian ya muerto un número bien considerable de aquellos desgraciados (1). Se ven pues cumplidas á la letra las profecías de David, Isaías y Jeremias, y suplidos con las relaciones de estos dos últimos, los detalles que omitieron los escritores griegos, no debiendo dudarse por lo mismo que los Babilonios fueron tratados por Ciro con una severidad mucho mayor de la que suponen Heródoto y Xenofonte. Las otras partes de estas mismas profecías tuvieron igualmente su cabal cumplimiento hasta en las menores circunstancias, como lo ha explicado y demostrado muy bien el ilustre Bossuet. Por esta toma de Babilonia pereció el imperio de los Caldeos, que habia arruinado á otros muchos, verificándose entonces como dijo Jeremias: Que fuese quebrantado el mismo martillo que habia quebrantado á las naciones (2).

No contento Dario con arrasar los muros exteriores de Babilonia, hizo derramar mucha sangre en esta ciudad, y mandó suspender en una cruz á unos tres mil ciudadanos de los principales, aunque su ánimo no fué destruir enteramente la ciudad; porque habiendo aquellos habitantes ahogado á sus mugeres, por economizar los víveres y que les durasen mas tiempo, ordenó á los pueblos vecinos, que les enviasen otras, cuyo número montaba á cincuenta mil, de las cuales, añade Heródoto, descienden los Babilonios del dia. Así pues, S. Cirilo Alejandrino habria tenido mayor razon para considerar á Dario como el destructor de Babilonia, mas bien que á Ciro, cuando

este salmo. Teodoreto censura con razon este atrevimiento, y nosotros juzgamos con él, que este bello salmo es de David, y que en el verso citado se habla de Ciro.

(1) *Xenoph. Ciroped.* lib. vii. cap. 5. Aunque en esta obra se empleó la ficcion, como lo tengo demostrado (*Academia de las Inscip.* tom. XLVI, p. 399), creo sin embargo, que no solo contiene hechos principales, sino tambien pormenores muy verídicos, especialmente los que están conformes con la relacion de la Escritura.

(2) *Jerem.* cap. xxx. V. 23. Orígenes en su homilia XXI.ª sobre este profeta, explica alegóricamente el verso citado y todo lo que concierne á Babilonia. Nadie ha abusado tanto de su genio. Con razon S. Gerónimo se enfada contra Orígenes y sus discipulos.

Isai. XIII. 15.
t. 16.

Jerem. L. 21.

Dicc. sobre la Hist. univ.
p. 231. 232.
233, ed. de
Cranosy.

Herod. I. III.
c. CLIX.

dice que este príncipe hizo de esta ciudad un verdadero desierto (1). La opinion de S. Cirilo parece ser la del antiguo autor de un comentario de Isaías, atribuido á S. Basilio Magno. Interpretando mal una expresion de los Setenta, creyó que Babilonia se habia de restablecer algun dia, y habia de volver á un estado floreciente; mas embarazado con el parelo en que se pone la suerte de esta ciudad con la de Sodoma y Gomorra, procuró sacar de aquí alegorias frívolas y vanas.

„Bel ha sido quebrado, exclama Isaías; Nabo ha sido hecho pedazos, y sus restos pesados agobian á los camellos y caballos que „los cargan.” Jeremias usa casi el mismo language: „Babilonia está tomada, Bel humillado, Merodac vencido; y todos los ídolos de los „Caldeos confundidos. Yo visitaré todavía (en mi cólera), dice este profeta á nombre del Señor, á Bel en Babilonia, y le haré vomitar lo „que se ha absorbido: los pueblos, en lo sucesivo ya no vendrán en „grupos hácia él, porque aun el muro de Babilonia caerá por tierra (2).” Esto no se ha puesto sino por comparacion, y corresponde á un tiempo posterior. Mas los dos primeros versos que acabo de referir, pertenecen inconcúsamente al reinado de Ciro, y el segundo especialmente alude á lo que pasó con Daniel, como observa Teodoreto. Las estatuas enormes de Bel y Nabo eran de barro cocido, cubiertas de bronce; no es pues extraño que sus tiestos formaran carga para camellos. Consultemos á Daniel, ó mas bien á Habacuc como historiador, y veremos que el descubrimiento que hizo este profeta á Ciro de la supercheria de los sacerdotes caldeos, fué la causa de ese acontecimiento. Es verdad que no existe el original hebreo del capítulo de Daniel en que se refiere este pasage, y que Eusebio y S. Gerónimo, con otros padres antiguos, lo tuvieron por apócrifo; pero esto no impidió al concilio de Trento, despues de un maduro exámen, que colocara ese capítulo entre las adiciones auténticas de Daniel, y lo declarara parte del libro canónico de este nombre, como lo hizo en la sesion cuarta; por lo que debiendo yo someterme á esta declara-

(1) *Com. in Est.* t. II. Op. p. 307.

(2) *Et visitabo super Bel in Babylone, et ejiciam quod absorberat de ore eius; et non confluent ad eum ultra gentes, siquidem et murus Babylonis corruet.* *Jerem.* cap. LI. V. 44. La paráfrasis caldaica y la version siríaca hacen el mismo sentido que el texto hebreo. No así la de los Setenta, tal como la tenemos hoy (cap. xxviii. V. 44.), en la cual no se mienta á Bel, y lo que se dice de este se aplica á Babilonia. ¿De dónde viene una diferencia tan notable? Es probable que la version de los Setenta esté alterada en este lugar, puesto que en la siríaca del texto griego inclusa en las Héxaplas de Orígenes, y publicada por Mr. Norberg conforme al manuscrito de la biblioteca ambrosiana de Milan, se lee *Et ulciscar super Bel in Babylone, et educam ea quae absorberat de ore eius (Beli); et non congregabuntur apud eam adhuc gentes;* lo que hace creer que el texto griego de la revision de Orígenes traia lo que falta en la de los Setenta, y que en esta, omitido por los copistas el nombre Bel y escrito tal vez en abreviatura el de Babilonia, resultó la variacion que se nota. Puede suponerse tambien que esta omision viene originámente del manuscrito hebreo de que se sirvió el autor de la version griega, pudiendo suceder que la consonancia que tienen entre sí estas palabras *al bel bebabel (super Bel in Babylone)* ocasionara el error del copista escribiendo *al babel;* y que el texto griego, tal como se halla en la version siríaca de Mr. Norberg, se hubiese corregido sobre el hebreo. La version arábica publicada en las políglotas de Paris y de Londres, y formada sobre el griego, convienen enteramente con la actual de los Setenta. Sea lo que fuere, la sana critica no permite dudar que la leccion del texto hebreo en este lugar sea la verdadera, estando ademas autorizada por Teodoreto.

Anonym.
com. in Is.
in app. S.
Basil. Op. t.
I. p. 587.

Isai. XLVI. 1.

Jerem. L. 2.

Theod. in
Jerem. t. II.
Op. p. 273.
Dan. XIV. 6.
et seqq.

cion, y no teniendo ninguna razon en contra, me he servido del testimonio de aquellas adiciones en este punto. En ellas se dice que Ciro, convencido de la trapacería de los sacerdotes mandó asesinarlos, entregó á Bel en manos de Daniel, y destruyó el ídolo y su templo (1). Así lo dice á la letra la version griega de Teodocion, sobre la cual se hizo la latina, conocida bajo el título de *Version itálica*, sin mas diferencia, que en esta se hace decir al autor sagrado que el mismo Daniel fué quien destruyó á Bel y su templo, en vez de que la version griega parece que atribuye esta accion al rey; bien que en rigor puede hacer uno ú otro sentido (2). Tal vez el genuino es el que nos presentan los Setenta, en cuya version la parte comprensiva del libro de Daniel que se creia perdida, y se publicó en Roma el año de 1772, conforme á un manuscrito de la biblioteca del príncipe Chigi, lee de este modo: „El rey lanzó del templo á los sacerdotes de Bel, „los entregó á Daniel, á quien endonó las rentas consagradas á su culto, y destruyó á Bel (3).” Pudiera suponerse que Ciro entregó los sacerdotes á Daniel para que él les quitase la vida, quedando así conciliadas las dos narraciones en cuanto á esta circunstancia; pero nunca lo serian en cuanto á la del templo, no siendo dudosa la significacion de las palabras hebreas que usa cada una. Me parece, pues, que debe estarse mas bien á la leccion de los Setenta, que se halla confirmada por los escritores prófanos, como se verá bien pronto. Al fin, sea cual fuese el partido que se tome, siempre resultan cumplidas las profecias de Isaías y Jeremías, puesto que de todos modos aparecen confundidos los ídolos caldeos.

Se suscitan todavía otras dificultades; pero ninguna de ellas debilita la narracion de Isaías y Jeremías, siendo tambien inconducentes en la mayor parte. Por ejemplo, que la historia de Bel, la del dragon muerto por Daniel, y el modo milagroso con que este profeta se salvó en el lago de los leones, componen el capítulo xiv. de su libro segun la version de Teodocion y la antigua itálica inserta en la Vulgata; cuando por el contrario en la de los Setenta, la misma adición ó capítulo trae este rubro: *De la profecía de Habacuc, hijo de Jesus, de la tribu de Leví*, como si el capítulo no hubiera sido escrito por Daniel; circunstancia tanto mas probable, cuanto que allí se habla de este profeta en tercera persona, al paso que Habacuc refiere una escena en que él mismo es el autor. ¿En qué tiempo acaecieron todos estos sucesos? Los Setenta no dicen sobre esto una palabra, y nosotros no lo sabemos sino por Teodocion que se explica en estos términos: „Puesto el rey Astiages en el sepulcro de sus padres, Ciro el persa le „sucedió en el imperio.” Este verso conforme á la edicion romana, es el último del capítulo xiii. de donde se ha separado. Aun suponiendo que fuese una glosa, no por eso seria ménos auténtico, ni dejaría de ser el único medio que nos queda para fijar la época de la destruccion de la estatua de Bel. Se observa ademas otra diferen-

(1) Cap. xiv. v. 22.

(2) *Occidit ergo illos rex, et tradidit Bel in potestatem Danielis: qui subvertit eum, et templum eius.* Cap. xiv. v. 21.

(3) Tal es el sentido literal del texto griego. *Ibid.* La version siriaca de los Setenta dice lo mismo, y con alguna mas claridad, porque se vale de unas palabras que el editor Mr. Bugati traduce: *de domo Beli et ipsum autem Bel &c.*

cia notable en el verso 28, donde los Babilonios, irritados contra Ciro, dicen: „Este rey se ha vuelto judío; ha hecho pedazos á Bel, ha muerto al dragon y asesinado á los sacerdotes (1); cuyas últimas palabras no se hallan en la version de los Setenta, que en esta parte me parece preferible. Volvamos á la suerte que tuvo la estatua de Bel y su templo.

En la carta que Baruc dirigió á los Judíos que estaban para ser trasladados á Babilonia, les dice en persona de su maestro Jeremías: „Llegando á esa ciudad, veréis allí dioses de oro y de plata, dioses de piedra y de madera, llevados con pompa en hombros de sus sacerdotes &c.” El ídolo de Bel, que tenia un cetro en la mano como el primero de aquellos dioses, sin duda estaba figurado en estatuas de todas estas materias. Heródoto habla de la de oro, que se escapó á las pesquisas de Daniel, ó se construyó despues. „Había entonces, dice „este historiador, en lo interior del templo de Belo una estatua de „oro maciso, de doce codos de alto. Yo no la ví, sólomente refiero „lo que dicen los Caldeos. Dario, hijo de Histaspes, quiso quitarla de „allí, pero no se atrevió á poner la mano. Xerxes hijo de Dario, „se apoderó de ella, dando la muerte ántes al sacerdote que le hizo „resistencia.” Los Caldeos no mostraban á todos esa estatua de oro, cuyo tamaño por otra parte no es creíble que fuera de doce codos babilónicos, que equivalen á diez y nueve pies de los nuestros; probablemente era mucho menor. Advertidos con el ejemplo de Ciro, la guardaban cuidadosamente en un lugar secreto del templo. Xerxes, no contento con lo hecho, y auxiliado de Mardonio, hizo abrir el sepulcro de Belo, donde creia hallar un tesoro; y sus esperanzas fueron burladas, como las de su padre cuando profanó el de Nitóeris. Estos dos actos de violencia fueron los que sublevaron á todos los Babilonios, aunque la rebelion no estalló sino en la ausencia de este príncipe, cuando estaba en Ecbatana preparando su grande expedicion á la Grecia, en cuya vez, sabedor de lo ocurrido, contramarchó sobre los rebeldes. No me atreveré á decidir si entonces los Babilonios franquearon á Xerxes las puertas de la ciudad, ó si él la tomó del modo que refiere Ctesias. Solo diré que en mi concepto, este historiador confundió la rebelion de los Babilonios bajo el reinado de Dario con la del tiempo de Xerxes, atribuyendo al uno de estos príncipes lo que corresponde al otro, como lo prueba el hecho de la estratagema de Zopiro. Mas esto no destruye la verdad de esta segunda rebelion, que acaso no fué mas que un tumulto violento. Heródoto refiere la causa, á saber, el robo de la estatua de Belo y el asesinato del sacerdote que la custodiaba. Si pasa en silencio las consecuencias de esta accion, no por eso serán falsas, pues el argumento negativo no prueba nada. Se me objetará que los Babilonios habian sido demasiado vejados por Dario para que ellos se atrevieran á sacudir el yugo de Xerxes. Mas el pueblo en una efervescencia olvida lo pasado, no calcula los medios ni sus fuerzas, y todo lo espera de su rabia y desesperacion. Plutarco tampoco ha dudado de este segundo tumulto de los Babilonios; hace mencion de él expresamente, y añade que Xerxes para quitarle al pueblo aun la idea de semejantes conmociones, le pro-

Baruch, vi. 3.

Ibid. 13.

Herod. l. i. c. CLXXXIII.

Ctesias, ap. *Phot. codex* LXXI. p. 115. *Æliam. Hist.* var. lib. xii. c. iii.

Herod. l. i. c. CLXXXVII.

Ctesias Pers. *supr.* l.

Plut. Apoph. ed. *Maittai.* re. p. 4.

(1) *Daniel* cap. xiv. v. 27.

hibió la portacion de armas, y lo indujo á entretenerse exclusivamente con el ejercicio del canto y de la música, con el trato de las cortesanas y con toda clase de disipaciones, prescribiéndole ademas el uso de las túnicas talares y flotantes. Corromper y enmollecer á los hombres, ha sido en todo tiempo el gran arte de subyugarlos. Es por tanto muy verosímil que Xerxes, queriendo castigar á los habitantes de Babilonia, y humillar el orgullo de sus sacerdotes, por haber sido estos sin duda los corifeos de la última asonada, mandase derribar el magnífico templo de Belo, cuyo origen se remontaba hasta Semíramis. Strabon y Arriano atestiguan tambien este hecho (1), añadiendo el segundo que Xerxes hizo que tuvieran igual suerte los otros edificios de esta clase. En verdad, un castigo como este supone y demuestra un crimen anterior. Para debilitar la autoridad de estos dos escritores se me dirá tambien, que habiendo tomado ellos su relacion del historiador Ctesias, atribuyeron á Xerxes, lo que no puede referirse á otro que Darío, Yo responderé que Heródoto que vino á Babilonia en tiempo de este último rey, no pudo hablar del templo de Belo como existente entónces, si ya hubiera sido destruido. Ademas, él refiere el robo de la estatua de oro de ese dios ejecutado por Xerxes, como un hecho muy posterior. Finalmente, aun dado que Strabon y Arriano hubieran copiado en esta parte á Ctesias, es fácil de creerse que siendo este historiador médico de Artarjerjes, no se engañara á lo ménos en cuanto al autor de la destruccion de un edificio, cuyas ruinas tenía á la vista. Plinio, que á cada paso confunde las épocas, se atreve á decir que en su tiempo se conservaba el templo de Belo (2); falsedad tanto ménos excusable, cuanto que tenía á la mano la obra de Diodoro Sículo, que dice no poderse hacer una descripción exacta de aquel templo, así porque los autores estaban llenos de contradicciones sobre este punto, como porque con el transcurso del tiempo ya no aparecia ningun vestigio del plano de ese edificio. Debe pues concluirse que Xerxes fué quien cumplió la profecía de Jeremías en lo relativo al templo de Belo, la cual habria desmentido Alejandro, si este conquistador hubiera logrado llevar al cabo su empresa.

Este príncipe emprendió en efecto la reedificacion de aquel templo por complacer á los habitantes de Babilonia, cuya ciudad le agradaba mucho. Pero eran tantos los escombros, que segun dice Strabon, se habrian necesitado diez mil hombres solo para quitarlos en el espacio de dos meses. Quiso Alejandro reedificar el templo sobre un plano mucho mas vasto que el anterior; y los habitantes se empeñaron en secundar sus miras, poniendo todos manos á la obra, excepto los Judíos que se negaron á ello por causa de su religion, y se mantuvieron firmes en esta renuencia, á pesar de las penas afflictivas con

(1) Strab. l. xv. p. 508. Arrian. l. vii. cap. 17. El primero llama *sepulcro* lo que el segundo denomina *templo*. Mas habiendo seguido uno y otro á Aristóbulo, es de presumirse, ó que Strabon tomó la parte por el todo, ó que en esto hubo alguna omision del copista. Ademas, la descripción que se lee en su obra conviene mas á un templo que á un sepulcro. Un pasaje de Hecateo, citado por Josefo (*contra Apion*. l. i. §. 22.) confirma tambien la leccion de Arriano que extractó fielmente á Aristóbulo. Por otra parte, la pirámide tetrágona de que habla Strabon, no es otra cosa que la torre elevada que describe Heródoto (l. i. cap. 183) sobre la cual hacian los Caldeos sus observaciones astronómicas. *Diod. Sic.* l. ii. §. 9.

(2) *Durat adhuc ibi. Jovis Beli templum.* L. vi. cap. 30.

Diod. Sicul.
l. ii. §. 9.

Strab. l. xv.
p. 508.

que en vano se les quiso apremiar, hasta que se les exoneró de esta obligacion, segun refiere Hecateo de Abdera. No obstante ese empeño de los Babilonios desmayaron en sus tareas, ó no trabajaban con toda la violencia que parecia desear el príncipe Macedonio, por lo que este con objeto de apresurarlos, al volver de la India, avanzó con todo su ejército, cuya marcha no vieron con buen ojo los Caldeos. Por una parte tenían experiencia de lo codiciosos que habian sido en todo tiempo los sacerdotes, tales como los representa Baruch, arrancando á sus deidades las coronas para aprovecharse del oro y obsequiar á las cortesanas, y despojándolos tambien de sus mas ricas vestiduras, para adornar con ellas á sus mugeres y á sus hijos: por otra parte, á pesar de ser grandes las posesiones y cuantiosas las rentas consignadas al culto de Belo (1), tenían que contribuir los Caldeos para los sacrificios y conservacion del templo, cuyos gastos habian cesado desde la destruccion de este edificio. De aquí es que deseando ellos continuar en el goce de todas sus riquezas sin dispendio alguno, se determinaron á impedir, ó á lo ménos á retardar la ejecucion del proyecto de Alejandro, pretendiendo hacerlo desistir de entrar á la ciudad. Al efecto trataron de intimidarlo con presagios funestos; y aunque estos no lo arredraron para dejar de entrar en Babilonia, murió poco despues de haber entrado. Con su muerte se desvaneció todo el proyecto de la reedificacion, sin que nadie volviese á pensar en ello, segun dice Strabon. Es de admirar la conducta de la Providencia en esta vez, así como en otras semejantes, en que al momento de reunirse las circunstancias mas propias, al parecer, para desmentir formalmente sus oráculos, entónces es cuando estos tienen su mas cabal y perfecto cumplimiento.

A la época de la muerte de Alejandro, Babilonia habia decaido mucho de su antiguo esplendor; empezaba á quedar desierta, estando ya muy reducida la parte habitada. Las casas no llegaban á los muros, sino que distaban ya mas de doscientos estadales, ni ocupaban toda la area de la ciudad, porque de los trescientos sesenta y cinco estadios que tenía, solo noventa estaban poblados de casas, y estas no reunidas sino dispersas, y sembrado lo restante del terreno. Este cultivo, si se ha de creer á Quinto Curcio que tomó su relacion de Clitarco, estaba dispuesto de esta manera, con el fin de que en el caso de un sitio, el suelo interior pudiese ministrar á los habitantes la subsistencia necesaria. Mas Quinto Curcio atribuye á la prevision del fundador de Babilonia, lo que era efecto de la decadencia de esta ciudad, y supone que ella no habia padecido cambio alguno á la fecha de la conquista por los Macedonios, siendo así que su propia relacion depone contra él mismo. Debe pues inferirse con los escritores sabios „que Babilonia „se hallaba en ese estado cuando Alejandro vino sobre ella, y no cuando „era la residencia de los monarcas de ese imperio.” Pasemos ahora á hacer sobre este punto algunas aclaraciones que son aquí tanto mas oportunas, cuanto que Prideaux, embarazado con las relaciones de los antiguos sobre la vasta extension de Babilonia, ha creído hallar la solucion á todas las dificultades en el pasaje del escritor que acabo de citar.

Nínive fué la ciudad mas grande de la Asia. Se necesitaban

(1) Nabucodonosor II. lo habia enriquecido con los despojos que trajo de Egipto, de Fenicia y la Judea. *Beros. apud Joseph. Antiq.* l. x. c. 11.

Hecat. apud.
Joseph. contra
Apion. l.
i. §. 22.

Baruch, Ep.
Jer. vi. 9. 10.
et 32.

Arrian. Exp.
Alex. l. vii. c.
xvii.

Strab. l. xv.
p. 508

Ut patet ex
Diod. lib. ii.
§. 7.
Curt. lib. v.
c. 1.

Hist. univ.
por una so-
ciudad de li-
teratos.
Trad. fr. t.
iii. en 4.º p.
301, en la no-
ta.
Hist. de los
Judios, t. i.
p. 69. ed. en
4.º